

DE CABEZA

EN EL FONDO SUBYACÍA UNA TESIS IN-NOMBRADA QUE CON EL TIEMPO HA RESULTADO FALAZ. Trataré de explicarla. Si se toma el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas y se le sobrepone otro de niveles de corrupción encontraremos una primera lectura tan veraz como inútil: los países más desarrollados son a la par los menos corruptos o, a la inversa, los países más corruptos son los menos desarrollados. Hasta principios de la década de los noventa la interpretación más común de esta verdad estadística era afirmar que la corrupción tendería a desaparecer conforme los niveles generales de desarrollo se fuesen incrementando. Arribar a los quince años como nivel general de educación, con un PIB *per cápita* de veinte mil dólares anuales y, lentamente, el terrible flagelo de la corrupción iría desapareciendo. La tesis sonaba bien: para ser un país sin problemas de corrupción hay que provocar el desarrollo. Entre antes llegue éste más rápido desaparecerá la pandemia. Para ser un país limpio, es

decir sin problemas de corrupción, hay que ser desarrollado.

Pero algo había en la tesis que no terminaba por cuadrar totalmente. No sería sino hasta principios de la década de los noventa cuando algunos estudiosos y dos personajes muy destacados comenzaron a releer el asunto con otros ojos. Me refiero concretamente a Peter Eigen y James D. Wolfensohn. El primero es un ciudadano alemán, funcionario durante varias décadas del Banco Mundial que cayó irremediablemente en la conclusión de que muchas de las políticas seguidas por esa institución en la que él trabajaba servían de poco frente a las consecuencias dramáticas del llamado factor "C". Eigen se separó del Banco y decidió emprender desde afuera una lucha en contra de la corrupción con una perspectiva muy diferente. Fue así que en 1993 este abogado fundó una organización civil llamada **Transparency International**. Con ello la palabra transparencia se incorporó de manera decidida al léxico de los asuntos públi-

cos. Venía sin embargo de una ONG lo cual facilitaba el camino.

Lentamente el concepto en apariencia vacío, literario, romántico se fue llenando de contenido. La transparencia era algo muy concreto y debía ser medida, como el azúcar en la sangre. Los principios rectores de la institución fueron los siguientes. La corrupción no sólo es un problema moral o ético sino además un gran obstáculo al desarrollo de las naciones. La corrupción además es un fenómeno de carácter internacional que debe ser evaluado, medido y expuesto sistemáticamente, sin ningún tipo de consideraciones diplomáticas o políticas. Sólo así podrían encontrar soluciones de carácter científico. La tesis desarrollista comenzaba a tambalearse. Quizá no es que sean menos corruptos por ser desarrollados sino a la inversa, son desarrollados por ser menos corruptos. Por décadas leímos el asunto de cabeza.